

EL ALMA
CASTELLANA

POR

D. PEDRO GONZÁLEZ GARCÍA

Dr. en Filosofía y Letras y Abogado

TRABAJO PREMIADO EN LOS JUEGOS FLORALES

organizados

POR LA REVISTA LITERARIA "GENTE JOVEN,,

LEMA:

Dime, castellano mío, no te avergüences: ¿Es cierto que, al hallarte en Villalar frente á las tropas del Rey, arrancaste de tu pecho, para que no te conociesen, la cruz roja de la comunidad?

SALAMANCA

Andrés Iglesias, imp., Plaza de la Libertad, 10

1906

G-F 5769

Recuerdo que dedica
al Sr. director de "La
prensa Moderna".

El autor

EL ALMA CASTELLANA

EL ALMA CASTELLANA

POR

D. PEDRO GONZÁLEZ GARCÍA

Dr. en Filosofía y Letras y Abogado



TRABAJO PREMIADO EN LOS JUEGOS FLORALES

organizados

POR LA REVISTA LITERARIA "GENTE JOVEN.,,



LEMA:

Dime, castellano mío, no te avergüences: ¿Es cierto que, al hallarte en Villalar frente á las tropas del Rey, arrancaste de tu pecho, para que no te conociesen, la cruz roja de la comunidad?

SALAMANCA

Andrés Iglesias, imp., Plaza de la Libertad, 10

1906



R. 69502

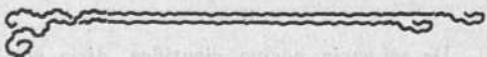
ELMIRA
CASTLEMANA

THE
MILITARY
MUSEUM
OF THE
STATE OF NEW YORK



Dedico estas páginas oportunamente autorizado, al
Excmo. Sr. Conde de Romanones
honra de la instrucción pública española, y cariño de Salamanca.

P. González.



ADVERTENCIA

Los buenos pintores, decía Plutarco, dejan reposar sus cuadros, después de pintados, para volverles á ver con mirada fresca.

Yo no he tenido tiempo de realizar aquí, ni siquiera el trabajo de adaptación y de lima, que hoy dicen los buenos estéticos, el último y más indispensable en toda obra grande ó pequeña, porque es el que viene á ocultar las desnudeces de la mísera y laboriosa concepción de una inteligencia.

Allá van, pues, esas desparramadas y secas apuntaciones, que por lo incoherentes y feas revelarán, más que otra cosa, la pesada labor de gestación que, tras de bastidores, se realiza siempre en la mente de todos los hombres.

De mi sucia cocina científica, diría con Claudio Bernard, he sacado, sin cocer, estos materiales. No se me tache, de ligero, ni se invoque contra mi el *nescit vox missa reverti*.

He querido fatigarme algunas horas, respondiendo sumiso á una voz interior que me pedía trabajar por Salamanca.



ÍNDOLE CIENTÍFICA DE ESTE TRABAJO

Un estudio sobre el *alma castellana* no es una disertación propiamente sociológica, como á primera vista pudiera creerse y, de hecho, creen hoy la mayoría de los que á estos estudios se dedican.

La misma *Psicología de los pueblos*, acerca de cuyo asunto escribió Alfredo Fouillée hace dos años un libro voluminoso (1), difiere esencialmente de la *Psicología de las multitudes*, y cae de lleno, contra el parecer del ilustre psicólogo de las ideas-fuerzas, dentro de las investigaciones de la Psicología individual ordinaria.

Es más importante de lo que parece esta

(1) *Esquisse psychologique des peuples européens.*

distinción previa, sin la cual podría tomarse una orientación equivocada.

Hay un alma en los individuos como hay un alma en las agrupaciones orgánicas ó muchedumbres. Por esto aparecen, marcados con toda claridad, los límites de estas dos ciencias psicológicas, la *Psicología individual* y la *Psicología social*, que tan á menudo se confunden.

Lo que ocurre (y valga esto para esclarecer la ambigüedad de los términos), es que, tanto la una como la otra, no pueden versar sobre lo puramente individual, ó mejor dicho, singular, de los individuos ó multitudes, en concordancia con el conocido aforismo *nulla fluxorum est scientia*, sinó que necesitan revestirse del carácter abstracto propio de todo saber científico, teniendo por consiguiente, una y otra, por objetos respectivos, lo general que se observa en el espíritu de los individuos, con lo general, también, que hallamos en las diversas especies de sociedades.

Conviene, repito, insistir un poco en esta distinción preliminar, para quedar perfectamente fijado el carácter que debe tener este trabajo. Para ello digamos cuatro palabras sobre si existe en la realidad un *alma colectiva* (1), ó si esa entidad es una mera ficción de nuestro espíritu, para indicar á continuación si existe también con caracteres objetivos un *alma castellana*.

En los hechos psicológicos, dice Ferri, la

(1) Véase sobre este asunto el libro de Le Bon, *La Psychologie des foules*.

agrupación de individuos no da jamás un resultado igual á la suma de cada uno de ellos.

Al ponerse en relación los hechos psicológicos unos con otros, se desarrolla una especie de *Química mental*, por cuya causa no hay entre los factores ó unidades componentes una simple superposición ó adaptación mecánica, como quiere Spencer (1), sinó mútua compenetración, reacción ó efervescencia, de la cual resulta un compuesto con propiedades completamente nuevas.

Si con los caracteres humanos pudiesen hacerse superposiciones como con las fotografías de Huxley, para hacer resaltar en ellas los puntos comunes, y obtener así un tipo representativo del promedio de las mismas, es evidente que resultaría en la agrupación un carácter completamente opuesto al de los elementos agrupados, y que las notas de inteligencia é ingenio quedarían como anuladas y disueltas en la vulgaridad predominante.

Por esto el nivel psicológico de una muchedumbre es muy distinto del de cada uno de los individuos que la componen. Doce hombres de buen sentido en un jurado pueden dar un veredicto completamente estúpido, si ese veredicto es genuinamente colectivo, y nó fruto de la imposición de alguno de sus miembros.

Sanatores boni viri, decían á este propósito los romanos, *senatus autem mala bestia*; y el Senado no se componía más que de senadores.

(1) Véase su *Introducción á la Science Sociale*, cap. III.

La canóniga buena, la cabilda mala, dice con igual propósito el refrán castellano; y el cabildo no se forma sinó de canónigos.

La *bestia fiera* llama el maestro Alarcón, al público en sus *Cigarrales de Toledo*, sin que sean, naturalmente, ni bestias ni fieras, individualmente consideradas, las personas que le componen.

Y es que el hombre cambia de una manera notable en la agrupación. Es por una parte, según Genovesi, *una tal potencia que nunita ad altra non fa un equale á la somma ma al quadrato de la somma*, y es en otro sentido una fuerza que sufre al asociarse recíprocas elisiones, como quiere Sighele.

Pocas veces resulta en el compuesto la suma exacta de los componentes.

Lo único que se suma, en la agrupación, es el factor común de los términos, y este no puede ser otro que la *mediocritas* que dijo el poeta, la altura media del grupo.

Creo, por lo tanto, que se puede hablar sin género alguno de duda, de *alma de una muchedumbre*.

Pero aplicando esta conclusión al caso de que se trata, ¿se podrá hablar en términos científicos y absolutos de *alma castellana*?

Con trascendencia objetiva, como si en la realidad existiese la entidad psicológica *alma de Castilla*, indudablemente que nó; por abstracción y para fines completamente científicos, sí.

El alma castellana no puede ser, por lo tanto, sinó un concepto mental, un abstracto ó extracto representativo de lo típico y genui-

namente característico del espíritu castellano; y este concepto hay que formarle como se forman todos los conceptos generales: por la observación analítica de sus factores integrantes, por la abstracción y la generalización.

Al estudiar el alma castellana se estudiará el alma del castellano, pero nó el alma de ninguna agrupación orgánica formada en Castilla. Por lo tanto, no es propio de la *psicología social* este estudio, como querrían Fouillé y otros muchos, sinó de la *Psicología individual*.

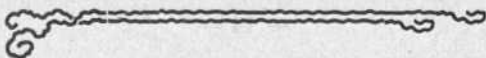
Lo mismo que se estudia el *alma castellana* se puede estudiar el *alma española*, si hay algo común en que pueda estribar este concepto; lo mismo el *alma europea*, lo mismo el *alma general humana* de la psicología ordinaria.

Desde la *psicología de una determinada persona* á la psicología ordinaria, que es la *psicología de cualquiera persona*, hay toda la escala ascendente de generalización que media entre lo más particular de la humanidad, que es el individuo, y lo más general de la misma, el ser humano.

Entre esos dos extremos, y como uno de los muchos eslabones intermedios que de hecho existen, se halla lo que pudiéramos llamar *psicología castellana*.

Pueden aportar datos interesantes para la misma el extranjero, apreciando las condiciones de nuestra manera de ser, que se diferencian de la suya; el castellano, fijándose en lo común y estable que se dá en medio de la variabilidad de nuestras manifestaciones psico-

lógicas; y el hombre de ciencia en general, suministrando los antecedentes físicos que modelan la especial índole espiritual de la raza castellana.



Factores estéticos del carácter castellano

EL MUNDO FÍSICO

ANTECEDENTES CÓSMICOS

Es el carácter algo así como la fisonomía espiritual del individuo, la base y raíz de todas las manifestaciones psíquicas de un ser. Por esto nada más interesante que estudiar los factores que contribuyen á formar el carácter castellano.

Los factores integrantes de todo carácter son de dos clases: unos de *indole estática*, por ejemplo el clima, la constitución geológica del país, la raza etc.; y otros de naturaleza *dinámica*, como el movimiento y densidad de la población, la historia, la cultura.

Hagamos breves indicaciones sobre cada uno de ellos.

Factores estáticos del carácter castellano

EL MEDIO FÍSICO

Es el primero y más interesante de los elementos que determinan un carácter el conjunto de condiciones que constituyen lo que se llama *medio físico*.

Empezando por el territorio, que en opinión de Ganivet, (1) es lo más perenne y como el núcleo de la estructura psicológica de un país, pocas regiones geográficas se encuentran con más propio y singular aspecto que la región castellana.

Es Castilla una gran meseta emplazada entre los Pirineos Cantábricos por la parte del N., la cordillera Ibérica por el E., la divisoria Mariánica por el S., y sin límite tan continuo y marcado en la dirección de su desagüe hacia el Atlántico.

Presenta esta meseta unos 700 metros de elevación media sobre el nivel del mar, elevación superior á la de la otra gran meseta europea, la que se extiende con preferencia por el S. de Alemania.

Hállase dividida en la dirección de E. á O. en dos submesetas, determinadas por las cimas de la cordillera Oretana; y escusado pa-

(1) *Idearium español*.

rece decir que comprendo bajo la denominación de Castilla esta gran entidad geográfica que abarca también á Extremadura y León, pues así estimo debe hacerse cuando hay que atender á algo fundamental en las cosas y nó á meros accidentes de limitación histórica.

Con esta elevación, el castellano vive, aunque por el hábito no se dé la menor cuenta de ello, en uno de los trozos más singulares de la corteza de nuestro planeta.

Libre de la bruma de los terrenos hondos y húmedos, Castilla disfruta del sol más claro y del aire más puro de la Tierra.

Estamos los castellanos más altos que los habitantes de otra cualquiera región medianamente extensa del globo. Ese azul encantador del cielo, de que tanto han hablado los poetas, le puede llamar *suyo* Castilla con exclusivo derecho. En él respira el castellano, en él se baña constantemente, él es quien curte la tez morena de nuestros paisanos.

¡Qué altos vivimos! ¡Qué intensa luz alcanzamos!

¡Luz, luz!, gritaba el poeta alemán, sediento de vida, al decir de un castellano muy de Castilla, Macías Picavea.

La luz es, en efecto, símbolo y realidad de vida Castilla; por eso es región de tan exuberante vida como lo es de exuberante luz.

La buscó Schopenhauer para hallar verdadera encarnación de la voluntad de vivir, y Schopenhauer salpicó sus escritos de refranes de Castilla, y murió enamorado de Castilla; porque él, pesimista que predicaba continuamente el desprecio á la vida, era como

todos los pesimistas un caso de hipertrofia vital, un ser que pretendió anular la vida teóricamente por autosupresión, afirmándola con eso cada vez más, como prácticamente lo hizo en remotos tiempos, el valiente castellano del castillo, y lo hace hoy, en lucha frente á los elementos, el valiente castellano de nuestros campos.

¡Qué altos vivimos!

Dicen que el viento abrasador del verano, que llaman *solano* viene á nosotros directamente desde el desierto de Sahara; y dicen también que el *cierzo* terrible del invierno le recibimos puro y directo de las lejanías de la Siberia.

Según esto la meseta castellana viene á tener, en sus alternativas, puntos de contacto con las zonas más opuestas de la Tierra.

Solo las dos mesetas mencionadas, pero sobre todo la castellana, disfrutan este privilegio, durísimo azote de nuestra salud. Los demás países quedan hundidos en nivel más bajo, desde donde no pueden recibir nada de lo que pasa bastantes centenares de metros sobre sus cabezas.

Hay regiones por el mundo en que no han visto nunca nevar, cosa tan vulgarísima para nosotros, otras en que no han visto claro el cielo un solo día, otras en que rarísima vez han percibido ni uno ni otro fenómeno; sólo el castellano vé lo uno y lo otro cada año, días y días deslumbradores, temporadas de hielos y ventiscas terribles.

Otra singularidad muy notable se observa en el suelo de Castilla.

La meseta presenta, de los lados N., E. y S. rebordes más altos que el centro, destinados como á infundirla peculiar fisonomía, y á aislarla de las comarcas hermanas del resto de España.

En los centros de esa meseta se notan bastantes depresiones, y abundan los terrenos de aluvi6n y de estepa.

En los alrededores de Madrid, por ejemplo, se encuentran f6siles de gigantescos animales marinos; en muchos y extensos parajes salitrosos de algunas provincias, la de Valladolid entre ellas, se hallan manantiales curiosos que disuelven sales de bromo, apenas conocidos más que en las algas del mar.

Los ardientes pinares de la provincia de Segovia, los estratos sedimentarios de los tesoros próximos á la antigua Pincia, en que tuvo lugar más tarde la derrota de los Comuneros castellanos, las de algunas cuevas próximas á Salamanca como las de Aldearrubia y Aldealengua, las salinas de la temeraria y altiva *Medina la del Campo* que dijo el crítico, testigos mudos son de que Castilla es á porciones un mar desecado, que nó se convirtió en desierto, como ocurrió con los muertos mares de Arabia, ni en terreno improductivo, como el de los alrededores de los mares Negro y Caspio, porque dada su gran elevaci6n, las aguas, al romper sus diques naturales, engendraron extraordinarios trastornos geol6gicos, terrenos de acarreo como las tierras de Campos, Sagra, Barros y Armuñá; ó por otra cualquiera causa física que no hay por qué depurar en este momento.

Las llanuras de Castilla son de lo más rígido y monótono que puede concebirse, mas de un no sé qué atractivo que infunde quietud y aliento, y que se echa de menos cuando nos sumergimos en los valles hondos de los terrenos de montaña.

El que vive entre pendientes escarpadas ni encuentra ámbito para estender libre su vista, ni casi espacio para respirar atmósfera amplia y pura.

A mí me gusta sobre manera la variedad de la montaña, pero en cierta temporada que tuve necesidad de vivir en uno de los recodos del valle del Urola, en las proximidades de Cestona, parecía tener todos mis anhelos concentrados en que se quitaran del medio aquellas cumbres que aprisionaban mi vista, aquellas alturas que en otro respecto me causaban tanto encanto.

Todos los habitantes sienten nostalgia cuando de su tierra salen, el de la montaña, en esto, más que el del llano; pero solamente el habitante de Castilla es el que tiene por naturaleza motivos poderosos para sentir el vacío en que le deja la ausencia de su meseta.

Son tremendos también otros detalles geográficos que singularizan á Castilla.

Pueblos hay de Armuña y Campos en que no hay ni un solo árbol, y muchos en que no existen más que media docena de raquíticos frutales pertenecientes á la antigua huerta del curato donde hace sus oraciones diarias el sacerdote encargado de los intereses espirituales del lugar.

¡Pobres armuñeses! Qué pena tan grande

me da pasar la mirada por sus besanas en los días de verano, y verá uno y otro lado de la vía leguas enteras sin un árbol, campos sin ninguna verdura; y aquí y allá cuadrillas de segadores en la llanura rasa, trabajando al sol todo el día, comiendo al sol, durmiendo al sol unos minutos de siesta, con el cántaro del agua, único alivio de frescura, á la sombra que proyectan tres ó cuatro haces de la miés cortada con sus relucientes hoces; y contentos, sin embargo, muy contentos, con un contento envidiable que desafia entre pullas y chirigotas á los señoritos del tren.

¡Singulares privilegios los del suelo de Castilla, tan encantadores los unos como terribles y dolorosos los otros!

Es esta tierra, á pesar de sus ardores, muy rica en aguas fluviales y subterráneas; lo que ocurre es que en lugar de llevar sus ríos la marcha lenta y adormecida á veces de los ríos de Francia y baja Alemania, caminan impulsados por vertiginosas corrientes; de donde resulta que, apenas alumbrado el líquido en las fuentes primitivas del caudal, llega á morir á los mares, á través de los declives escarpados y de los tajos y saltos labrados en las durezas de su cauce.

El clima de Castilla es de curiosa singularidad.

En pocos puntos presenta el termómetro máximas y mínimas tan opuestas: oscilaciones de $+ 40^{\circ}$ á $- 8^{\circ}$ y 10° en la meseta del N.; de $+ 44^{\circ}$ á $- 8^{\circ}$ y 9° , en la meseta del S.

El adagio español *tres meses de infierno*

y nueve de invierno para el clima de Castilla se inventó seguramente.

Los vaivenes atmosféricos son cosa muy vulgar en nuestras alturas, donde la irradiación no encuentra obstáculos, y en donde las influencias de fuera se ejercen, cuando llegan, sin instrumento ninguno de regularización.

Respecto al régimen de las lluvias, fuera de algunas parciales, escasísimas, y que no constituyen norma en el régimen meteorológico castellano, viene del Atlántico cargada de cantidades prodigiosas de vapor de agua la gran corriente atmosférica del Gulf-Stream, pero casi siempre se resuelve en los tibios y húmedos parajes de la costa NO.

Si por acaso aciertan á subir y penetrar en Castilla, por entre los boquetes y anchas depresiones que presentan los rebordes del chaflán occidental del relieve ibérico, es de ver qué lluvias tan espantosas y qué chaparrones se nos echan sobre nuestro rígido y descarnado suelo.

Siempre lo inesperado es lo que hace ley en el clima de Castilla. Parece como que se le ha escapado á la Naturaleza una malla de su gran red de causas y efectos, en este cristalizado terruño castellano, y que ni el sabio en sus investigaciones, ni el vulgar habitante de esta región en su vida diaria saben á qué atenerse.

Y así andan nuestros estóicos campesinos en medio de pródigos y gratuitos dones que á veces reciben, sufriendo sempiternos latigazos de su clima, sin saber á qué carta quedarse, implorando en unas ocasiones la lluvia

bendita para sus sembrados, y llorando confundidos otras los destrozos de borrascas é inundaciones imprevistas y colosales.

Cosechas enteras se han perdido en Castilla por no caer en todo el año una gota de agua. Desdichas infinitas han llovido sobre el castellano por desequilibrios espantosos del temporal.

Yo he visto el año pasado morir de sed muchos ganados en varias dehesas y alquerías de la provincia de Salamanca, y he visto luego, como todos mis paisanos, convertidas las calles de la ciudad en torrentes de uno y dos metros de fondo, y barrios enteros arruinados, sin que los vecinos hubiesen podido pensar jamás en que una desgracia de ese género les pudiese sobrevenir.

Cosas ocurren en Castilla que ni los mismos castellanos de los grandes centros conocen.

En la sequía del año pasado estuve viendo, un día de otoño, en un monte muy conocido á seis leguas de Salamanca, acarrear agua de una á dos leguas de distancia, con dos ó tres borricos cargados de cántaros.

El ganado bebía en unos troncos de pino, labrados á lo largo á manera de pilas, y así iban los animalitos sacando adelante su vida y pellejo hasta que los efectos de la lluvia viniesen á rellenarle.

Y pensé, y pregunté al pastor (que ya no desmayaba de aquello porque había visto ocurrir hacía veintitantos años cosa semejante), si, conforme á mí me parecía, era en los surcos mismos de aquellos rastrojos donde algu-

nos años antes habían cogido mujeres y chiquillos de los pueblos inmediatos tencas hermosas, guarecidas en los pozanquillos que la corriente de una tormenta impetuosa había dejado.

Me contestó serenamente que sí, á cuyo propósito conviene advertir que en Mayo de 1902, entre once y doce de la noche, se había inundado en fecha memorable una de las dos ó tres casas que tiene la alquería, próximas al lugar de referencia; y habiéndose desbordado el agua por los alrededores de charcas de agua llovediza que para el recreo del gauado existen también próximas, y en donde suelen recrearse abundantes tencas, resultó que el campo aquel, desierto ardiente cuando yo le miraba, había sido pescado, no hacía mucho, en un trayecto de legua y media, por numerosos é improvisados pescadores.

Y no he de aludir aquí á esas otras inundaciones célebres que estos años se han registrado en las diferentes comarcas de Castilla; pero sí he de afirmar que aquel *Tío Fulano*, que hace morir Picavea en su novela *La tierra de Campos*, atollado, en una noche, entre los fangales improvisados de los alrededores de su pueblo, tierra por otra parte tan ávida de agua, es un tipo muy real, como real es también el medio en que muere, singularmente estudiado y vivido por el malogrado vallisoletano.

LA RAZA

Poco se puede decir de la raza castellana.

Tanto en su aspecto histórico como en su aspecto actual se halla todavía por estudiar.

Aparte de esto, no hay que conceder más que una importancia muy relativa al elemento étnico de un país, pues las iniciativas originarias de una raza, provienen ordinariamente del medio ambiente que habitaron, siguiendo después modelándose conforme al factor originario por excelencia, el factor cósmico.

El insigne Oloriz, catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, en un libro notabilísimo que publicó hace varios años (1), dice que el español, y especialmente el castellano, que representa mejor que ninguno otro el tipo medio peninsular, es predominantemente *do-licocéfalo moreno*.

El castellano representa en efecto en casi su total pureza el modelo del *Homo Mediterráneos*, una de las tres especies principales de población que la Antropología distingue hoy en Europa.

Viene á ser una mezcla de las tres subrazas blancas: *aria* por lo que nos dejaron nuestros celtas y germanos; *camita* por la herencia que nos legaron fenicios, bereberes y moros; y *semita* por la sangre árabe y judía que corre por nuestras venas.

La raza *neo-latina*, que tanto figura en compendios y artículos científicos, es una agrupación sin otro vínculo común que el muy accidental del idioma.

Un castellano se parece antropológica-

(1) *Distribución geográfica del índice cefálico en España.*

mente hablando, mucho menos á un francés que á un inglés. La diferencia principal entre el inglés y el castellano está en el color: rubio el primero, de tinte más moreno el segundo, pero ambos con un índice cefálico análogo.

El dolicocefalo moreno de Castilla es en general de mediana talla, rostro ovalado, músculos firmes, poco volumen, muy nervioso, sin grandes depósitos grasientos, muy sobrio, y de un tono pronunciadamente flemático, en medio de su visible nerviosidad.

La muger tiene estos mismos caracteres orientados conforme á las exigencias anatómicas y fisiológicas del sexo, y además ojos en la mayoría de los casos grandes y negros, talle esbelto, aptitud algún tanto altiva, y cierto aire africano.

Es, en una palabra, esta raza, de gran resistencia física y mental, y de caracteres tan pronunciados y notorios que la dan una fisonomía y personalidad muy marcada frente á la población extraordinariamente heterogénea de otras regiones.

Factores dinámicos del carácter castellano

Aun cuando los factores estáticos (clima y circunstancias que componen el medio físico), sean, pensando yo en esto de acuerdo con los etnólogos, la base principal de nuestro carácter, no dejan de tener importancia en la Etnología de un pueblo los datos ó factores

que pudiéramos llamar dinámicos y á que vamos á pasar revista á continuación.

Son numerosos estos factores y presentan indefinida complejidad en su concurrencia, por lo que es poco menos que imposible presentar un cuadro completo de ellos. Nos limitaremos á decir aquí cuatro palabras del movimiento y densidad de la población, y de la historia, instrucción, religión y política de Castilla.

MOVIMIENTO Y DENSIDAD

DE LA POBLACIÓN

Castilla es una de las regiones ó la región menos poblada de Europa, relativamente á los grandes medios de que podría disponer.

Apenas si alcanza su población relativa la pequeña cifra de 24 habitantes por kilómetro cuadrado en la meseta del N. y 20 en la del S.

La población total de España, que en el siglo xv llegó á 40 millones de habitantes, alcanzando con ello la nación un desarrollo prodigioso en todos los órdenes de la actividad, baja enseguida á 8 millones, como consecuencia de la corriente emigratoria que provocó el descubrimiento de América, y se inicia, con tal motivo, la ruina de todas las industrias y en general de toda la cultura y prosperidad nacionales.

Más tarde, con la obra restauradora comenzada por los Borbones, vuelve otra vez á subir la cifra de la población española, más sin que pase hoy de unos 18 millones, y menguando precisamente, para desdicha de los

castellanos, en dirección centripeta, de las costas al centro.

Hoy la corriente emigratoria de que se acaba de hacer mención, no cesa un instante. El mal estar que el obrero siente, junto con las necesidades de un mayor contingente de brazos que experimenta la agricultura en los terrenos vírgenes del otro lado del Atlántico, son causa de que se estanque lastimosamente el aumento de nuestra población.

El castellano ha venido, por estas circunstancias, acostumbrado, de tiempo inmemorial á la posesión de un máximun de fanegas de terreno, y al cultivo, por lo tanto, superficial, rutinario y extensivo; hasta el punto de que la sed de tierra que siente, en todo momento, el labrador castellano, es una de las causas más poderosas de decadencia que existen hoy en nuestra agricultura.

¿Que mejor operación económica podrían llevar á cabo los más de nuestros labradores que vender la mitad de sus propiedades rústicas para atender mejor al cultivo y producción de la otra mitad?

Más nó, lo interesante es, satisfacer la ambición, acotar terreno, para que se llene enseguida de malas yerbas para que se encespede, arañado apenas en su superficie por el rudimentario arado de los tiempos de Rómulo, el que más se usa todavía en los campos castellanos.

Y para que la tierra no salga del dominio de la familia, para que la propiedad no se pierda conciertan á granel los castellanos matrimonios del tío con la sobrina, de los primi-

llos que nacen ya como predestinados el uno para el otro, criaturas encanijadas, producto, á su vez de generación también entre parientes, seres ordinariamente infecundos por esa misma circunstancia, factores inconscientes que truecan en desierto el suelo fecundo de Castilla.

Así encuentra, la población, para crecer, más y más obstáculos. Solo faltaba pasar por el desmoche de vidas que una guerra temeraria produce, y esto lo hemos encontrado con la torpe y estúpida guerra de Cuba, á cuyas lejanías fueron á morir docenas enteras de floridos mozos de cada uno de los lugares rurales, lo mejor de nuestra vida, lo mejor de nuestra energía, lo mejor engendrado y nacido.

La población castellana es también la menos expansiva y movедiza que puede concebirse. Los matrimonios se conciertan con predominio exclusivista entre los mozos y mozas de un término municipal; y esto, no solamente por una ley general económica aplicable á todos los pueblos, ni por la simpatía que despierta la vida en comunidad, sino por lo mismo que decía antes, por reunir tierra y más tierra, por razones que radican en nuestra manera de ser, *por que sí* al fin y al cabo, pues somos así de misoneístas, y creemos que *vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer*.

En pocas partes se mira con más asco y desconfianza al forastero que en Castilla, y eso que se habla de nuestras virtudes hospitalarias.

Todo lo malo viene de fuera. Ni asesina-

tos, ni robos, ni pestes ha habido, en pueblo alguno, hasta que no ha sido este invadido por forasteros, y más si son de allende la meseta.

Cuántas veces he visto labradoras Castellanas, casadas al efecto de la mayor seguridad y aumento de la riqueza rústica, protipos de chismosidad y tontería, limpiar los ojos y narices al gatito abortizo de sus propias entrañas, y decirles cuando van á correr á la plaza, *el corredero* obligado de la niñez toda del pueblo; *cuidadito hijo mio, no te arriemes á nadie.*

Mucho cuidado, en efecto, niño selecto, no te manches, sobre todo con los sucios y escamondados chiquillos del pobreterio, porque, á través de la miseria de su indumentaria, te podrán pegar la sangre y salud que tú no tienes; y entonces podrás incurrir en disparates atroces, incluso el de ser más tarde desertor de las filas tradicionales del amor de tus antepasados, y hacer una enormidad, propia de gente mal nacida, casándote con moza pobre y sana.

El único movimiento bien manifiesto de la población castellana, causa importante de la cada vez más escasa densidad que tiene, es el movimiento que constantemente se está verificando en dirección hacia las mayores poblaciones.

El labrador, medianamente rico, siente viva pasión por desprenderse de las trabas de sus negocios cotidianos y marchar á vivir á la ciudad, á *enseñorearse* en sus paseos, á calmar en el café sus deseos de *fachenda*, á tomar parte más segura y activa en el caci-

quismo político, ó á huir los buenos (que de todo hay), del caciquismo mismo, y de la chismografía que hace imposible la vida en los pueblos.

Así viene por pasos agigantados la clorosis de los campos castellanos, tan necesitados de brazos y energía como necesitado está de sangre el organismo animal. Así vamos al famoso *absentismo* causa de nuestra ruina agrícola y nacional.

HISTORIA: LA LEYENDA DORADA

En pocos órdenes de la cultura, dá España muestras tan fehacientes de conocerse mal como en lo que se refiere á aquello más fundamental de su historia, á lo que por haber pasado al dominio público y vulgar tenemos incorporado y como constituyendo parte de nuestra vida diaria toda.

El núcleo de esta torcida opinión, respecto de nuestra manera de ser, le constituye Castilla.

Es la tierra llana, según el propio decir nuestro, el país de la nobleza é hidalguía, la cuna de los valientes y generosos, el suelo de mayores riquezas y de más lucida historia del mundo.

Aquí en Castilla, país de indudable fortaleza psico-fisiológica, jamás se duda ni de nuestro valor, ni de que poseemos en general, como ciudadanos, las cualidades más ventajosas y excelentes, sin pararse en los inconvenientes que acarrear creencias tan exclusivistas.

De tan torcida manera se ha confeccionado nuestra historia, que en ella quedan escritas innumerables y gloriosas epopeyas, la epopeya de la reconquista, la epopeya del descubrimiento de nuevos mundos, la epopeya de nuestros dominios territoriales *en donde no se ponía el sol*, la epopeya en fin, de nuestra independencia nacional.

Muchas veces he discurrido sobre si podría haberse realizado de peor manera esta obra de total expulsión de los árabes españoles; porque en verdad la reconquista fué rápida hasta que llegó de regreso al Duero, con Alfonso el Católico, pero á partir de aquí ó sea cuando entró en los dominios propiamente castellanos, creo que cada página es una muestra palpable del poco afán que hubo por expulsarles.

El alma castellana, más afín á la del árabe que á la del germano, se hubiese fundido con la del invasor del Guadalete, á no ser un interés de otro orden muy diferente que el interés religioso.

Lo que á mí me parece ver, en resumen, á través de los ocho siglos de la reconquista, vistas las disensiones interiores de cristianos y árabes, es que tanto los unos como los otros hicieron todo lo menos que pudieron para aniquilarse. Creo que se hallaron, vencidos y vencedores, perfectamente satisfechos en su largo contacto; que la obra conquistadora fué, en gran parte, fruto de la casualidad; que ese grupo de sucesos de ocho centurias, ha sido eslabonado en forma de legendaria reconquista por el espíritu romántico y la deficiente y

premeditada labor del historiador; y que la obra en sí es ni más ni menos que una sencilla ficción nacional, con fundamento externo desde luego, pero ficción al cabo, como la ficción del Cid ó la del Caballero de Olmedo.

No puedo ver, tampoco, por ninguna parte, el colmo de gloria que para Castilla fuera el renombrado descubrimiento de América.

La idea la dió un genovés y el intrépido navegante mismo fué quien la puso en práctica, con los recursos que Castilla prestó, á cambio de la posesión de un mundo; empresa tan arriesgada como injusta y equivocada en sus propósitos, alentada por el espíritu castellano de Isabel.

Así resultó la obra: Castilla más ávida de despojos que su escudero Sancho, vino cargada de oro, dejó marchar de los pueblos lo mejor de sus habitantes, tuvimos que sostener costosas guerras *para llamar nuestro* aquello, y por fin, después de haber dicho con soberana gallardía, á raíz del descubrimiento: *os hemos visto, sois de Castilla*, nos hallamos hoy, otra vez, reducidos á poco más que á la soñadora región que discutió el proyecto de Colón.

¡Qué momento tan oportuno para replegarnos sobre nosotros mismos, y al ver los tristes resultados de una empresa tan extraordinaria en sí, cuanto descaminada en sus intentos, pensar en el alma de esta Castilla, averiguar qué virtudes y dotes atesora, qué vicios se ocultan bajo sus brillantes apariencias, para hacerla despertar del sueño histórico que padece!

Alégase, como prueba de nuestro engrandecimiento nacional, la posesión de los inmensos dominios que España tenía al llegar al máximo en tiempo de Felipe II.

Esto de llamar feliz y engrandecida á una nación por los extensos territorios que posee es de lo más castellano que puede imaginarse. Es aplicar al orden político el afán de poseer tierra que hemos dicho caracteriza al labrador de Castilla.

No sé yo por qué ha de gozar de vida más intensa un hombre corpulento, que uno de mediana talla, si éste es robusto y bien constituido.

Cuanta mayor extensión tenga una nación más complicados serán los vínculos establecidos en el engranaje de sus elementos, y más difícil, la consecución de una vida total próspera y rica.

En los mayores abscesos de patriotismo que mientras la guerra pasada me invadiéron soñé muchas veces con una España chiquita y laboriosa, que ni traspasara siquiera los contornos peninsulares, y me pregunté, en algunas ocasiones, si cuando no se ponía el Sol, habría más felicidad que ahora, en mi tierra.

Tenemos hoy tanta población como entonces, tenemos más comodidades, tenemos inmensos adelantos, decimos que tenemos la misma religión, tenemos más libertades, no estamos peor de la dolencia del caciquismo; y en cambio no tenemos reyes extranjeros que intenten gravar al castellano de enormísimos impuestos, ni que entreguen los destinos nacionales en manos exóticas, ni que hagan fun-

cionar tribunales inquisitoriales, ni ha hecho falta, en una palabra, que vuelvan á surgir comunidades, que ahora y siempre hubieran surgido si la causa de su aparición no se hubiese borrado del cuadro histórico nacional.

Castilla la abatida, Castilla la exhausta, la decadente, la ingobernable, la perdida, es hoy más feliz que en aquellos tiempos, que llamamos sin embargo, en nuestros cotidianos desvaríos *siglos de oro*.

La historia nos ha oprimido y azotado tanto y más aún que el frío y los calores, nos ha deslumbrado más que el sofocante Sol de los estíos.

No han contribuído menos á la formación del espíritu Castellano, estas preocupaciones y errores históricos, que los vientos y arideces de sus soberbias elevaciones.

LA CULTURA Y SUS PRINCIPALES MANIFESTACIONES

Poco he de decir de la instrucción en sus diferentes ramos y poquisímo de la índole religiosa y política de Castilla.

Formando parte esta región del todo nacional y estando monopolizadas por el Estado las superiores manifestaciones de la enseñanza, casi nada se puede encontrar como exclusivo de esta región, á diferencia de las demás regiones Españolas.

A excepción, sin embargo, de Madrid, centro obligado de todo el funcionamiento orgá-

nico, y asiento por consiguiente del máximun de cultura nacional, la distribución de la cultura en España sigue la misma marcha que la distribución de la población, menguando en la dirección de la periferia al centro.

Por lo demás, el mismo rebajamiento hay en Castilla que en todas partes, la misma indiferencia por la instrucción primaria, el mismo abandono en los padres, la misma situación en los maestros, igual higiene en los locales, el mismo sistema y medios de enseñanza.

De donde resulta, que escasamente un 70 por 100 de la población aprenden á leer y á escribir; y la mitad de ese contingente ni leen ni escriben nunca nada.

En la segunda enseñanza se inicia un movimiento característico de nuestra población, que llega luego al colmo en las esferas de la enseñanza superior.

La indiferencia que se observa en los padres para obligar á sus hijos á que adquieran en la escuela los primeros rudimentos de cultura, hace contraste con el afán que muestran los terratenientes de mandar á sus hijos á las grandes poblaciones á que se espavilen y se hagan *siquiera bachilleres*, como dicen ellos; y allá van en tropel, muchachos de los pueblos agricultores, al Colegio de la cabeza de partido, ó al Instituto de la capital, á enseñarse á viciosos y holgazanes, á pasar lo mejor de la edad, creándose necesidades y pretensiones, y poniéndose en disposición de no servir absolutamente para nada.

No habrá un centro, en ninguna parte, productor de tantísimo número de Abogados

como la Tierra de Campos, ni de tantos Sacerdotes como la Tierra de Armuña.

Son, los primeros, Licenciados y Doctores curtidos en los agiotajes de la recomendación, salvaguardia de la pereza y holgazanería tradicionales. abogados de secano y sin pleitos, abogados de levita y cara tostada, de caballo y galgo, hábiles en el juego del tresillo, y en cuanto contribuya á matar, sin trabajar, el aburrimiento; tremendos luego cuando labradores en su pueblo, por cuenta propia, no saben qué hacerse para dar empleo á sus muchachas y violentas energías.

Son los segundos modestos curas *de misa y olla*, como les llaman en el país, hijos de labradores pobres, que marcharon al Seminario, instigados por sus padres, para que al día de mañana *se pasaran buena vida*, para que no tuvieran que andar al frío y al sol y fueran después abrigo de la vejez de los autores de sus días.

No faltan labradores castellanos de clases pudientes que hacen Médicos ó Boticarios á sus hijos para que se establezcan en su propio pueblo, al mismo tiempo que regentan su labranza, y previos tácitos ó expresos pactos matrimoniales con una labradora rica del lugar, cuya familia cooperará á imponer al vecindario los servicios profesionales del nuevo Licenciado, y á hacer *saltar de allí* al pobre boticario ó médico antiguos.

Los restantes de nuestros hombres de carrera y los que constituyen la honra y brillantez del contorno, son los jóvenes que con verdadera afición al estudio marcharon siempre

en las cátedras á la cabeza de sus condiscípulos, á pesar de cursar á un tiempo dos ó tres facultades, y al fin ostentan, *con sobresalientes*, dos ó tres *honrosos títulos*, que les acreditarán de mandarines ante cualquier extranjero regularmente educado.

* * *

De cultura artística más vale no hablar.

El espectáculo artístico por excelencia, el que llena las aspiraciones del corazón castellano, el colmo del deleite espiritual, son los clásicos toros; corridas formales y reglamentadas en las capitales, novilladas de vacas y novillos en los pueblos.

Es probable que pocos castellanos se hayan fijado en el curioso aspecto que presenta su llanura el día 15 de Agosto de cada año, fiesta de la Asunción de Nuestra Señora.

Para enseñarle mi tierra, á un extranjero amigo mío, he pensado hacerle venir este día y obligarle á verificar en la mañana una larga excursión por la llanura. Ignoro si el lector habrá tenido ocasión de saborear tan singular panorama.

Cada dos ó tres leguas se divisan á lo largo grupos de multitud de jinetes á caballo é infinidad de hombres á pié, que corren para aquí y para allá, sin qué ni para qué, envueltos entre nubes de polvo, sudorosos, prorrumpiendo en voces y silvidos descomunales que cruzan el amplio y acaniculado horizonte.

Son, esos grupos de lejanas gentes, los respectivos encierros de novillos de los pue-

blos co marcanos, en donde se concentra ese día casi toda la población de los circunvecinos, la cual va allí á divertirse y á gozar avarianta con todas las energias de sus sentidos y de sus instintos,

Aguardad á la tarde, cuando están ya entregados de lleno á los encantos del espectáculo y oiréis, desde la soledad de las tranquilas tierras próximas gritos de júbilo desenfrenado, chillidos de alegría, retos enconados á la bravía fiera, confusión y especial murmullo del conjunto.

Y á intervalos inesperados suena el tañido de la campana grande del pueblo que, con su *tan tan* apresurado, anuncia un novillo escapado de la plaza, señal que se prolonga algunas veces indicando que el animal recorre todavía diferentes calles del pueblo, quizás entre mujeres y criaturas, sorprendidas de horror por el hallazgo.

Una prueba concluyente de este gusto desmedido que experimentamos por las corridas de novillos es el dato por demás interesante de conservar derecho, algunas familias, á usar desde hace siglos los balcones de casas solariegas de la plaza de ciertos pueblos, casas que se enagenaron ya hace tiempo, con reserva de ese derecho, que se volvieron más tarde á enagenar diferentes veces, que se derribaron y levantaron de nuevo, y sin embargo la preferencia del balcón en los días de la fiesta subsiste á pesar de los descendientes del primitivo dueño y originan aún litigios que llegan hasta el Tribunal Supremo de Justicia.

*
* *

Dos palabras nada más sobre el estado del culto en Castilla.

En realidad se ha suministrado ya un indicio elocuente con referencia al mismo al indicar de qué manera tan original festejamos el día de la Asunción, una de las primeras fiestas religiosas de gran número de pueblos.

Veamos como se distribuye por el 95 por 100 de las personas día tan señalado.

Comienza el encierro de los novillos á las tres ó las cuatro de la madrugada, y como no resulta divertida la operación si no se escapa el ganado cuatro ó cinco veces para lucir cada cual sus especiales aptitudes, termina el asunto, de ordinario, bien llegado el mediodía.

Si el encierro, por el contrario se hace felizmente en el espacio de un par de horas, se corre á continuación el novillo que en algunos puntos llaman *del alba* aumentado con uno que siempre consiguen los aficionados. Más tarde tienen los dos ó tres llamados de *la prueba* ó de *las once*. Resultado, que cuando termina el asunto apenas si hay tiempo para comer.

Por la tarde todo el mundo sabe que tiene lugar lo principal del festejo, preñado de ferocidades y horrores sin cuento, y aún hay puntos en que no terminan tan atractivas fiestas sin tener lo que llaman *vaca de noche*, entre los resplendores que produce la llama de unas teas que apagan á voluntad, para que resul-

ten mayores sorpresas y amenidades en el espectáculo.

A misa, excusado es advertir que no van más que representaciones de las autoridades, mujeres, niños y unos cuantos devotos obligados. La generalidad, ni se acuerdan en todo el día de que llevan siquiera el nombre de cristianos.

Y esto ocurre precisamente en localidades que tienen fama por la devoción que profesan á su Santo Patrón ó Patrona.

Pena causa el decirlo, pero esa devoción hay que examinarla de cerca para convencerse de que se halla vacilante y moribunda y de que no es sino *sepulcro blanqueado*. Y lo horrible es que no ha habido evolución ni cambio ninguno en la materia, sino aniquilamiento y cristalización de espíritus.

De cuando en cuando se registra alguna explosión de los antiguos fervores adormecidos, pero salvo pocas excepciones la ley religiosa es, como reza el castizo refrán, *no acordarse de Santa Bárbara hasta que no atruena*.

Aquella fé serena y fecunda que tuvimos, tesoro el más precioso que nuestra historia encierra, se halla muy próxima á extinguirse sino se opera, como diría Unamuno, una honda revolución en los espíritus, una *mesarrimisis* salvadora.

Y si acaba de morir la fe castellana, muere con ella lo mejor del espíritu castellano, el germen principal de nuestra ansiada redención.

La cristiana población de los llanos la fé

pura de Castilla se va transformando en ateísmo práctico, hasta el punto de poderse afirmar que Castilla es, con poco ruido, el país de la indiferencia religiosa.

No nos metamos en las causas de esta decadencia de la fé. La han matado los césares poniéndola al servicio de fines políticos, la teocracia inflexible y ambiciosa, el atraso general en que vamos cayendo.

Lloremos por nuestra fé, la palanca de Arquímedes, impulso primario que pondría nuestros corazones camino de la redención mental de la raza castellana.

*
* *

Fuerza es por último hacer mención de la política doméstica de Castilla.

Aconsejan amigos sinceros, en los pueblos grandes, que es donde el caciquismo se percibe más á las claras, el siguiente refrán de conducta: *piel de cordero, intención de lobo y hacerse el bobo*.

No hay socarronería y malicia como la malicia y socarronería castellana; mejor diríamos que Castilla es el país de los socarrones y maliciosos.

Para enseñar á luchar por la vida á un jovenzuelo inexperto y cándido, no hay mejor escuela que la de las grandes villas de Castilla.

No sirven iniciativas, ni inteligencia, ni laboriosidad, ni ideas nobles, ni propósitos puros; el cacique del pueblo y sus satélites dicen

enseguida del muchacho que *es ligero* y que *no tiene noción de la realidad*.

La realidad social y política de Castilla es, en verdad, difícil de conocer, tremenda é ingrata; y no se puede jugar con ella pensando en cándido.

En las luchas políticas, llaman *cuco* y *listo* los castellanos, al que no suele ser, examinadas sus acciones de cerca, más que un solemne y desvergonzado mamarracho.

El listo en la política suele ser el ambicioso y solapado, el *ególatra*, con manto de generoso.

No desatiendas ni exasperes al cacique castellano, ni le adules y que te vea el cacique contrincante, ni te mantengas con él imparcial é indiferente. Nada cuadrará bien, y tienes que caer irremisiblemente en las mallas complicadas de la intriga, si no quieres marcharte de Castilla.

El que no va conmigo es mi enemigo, dicen á quienes no les apoyan con la cerviz baja y los ojos cerrados, nuestros castizos caciques; y á ver quien les convence de que la neutralidad que uno ha observado es justa y sincera, y de que no merecemos sus iras.

Con estos tales políticos es absolutamente indispensable tener buenas palabras y malas acciones, si no se quiere vivir arrinconado.

En la sociedad castellana se ha visto que no puede vivir nadie apartado sin enredarse en las menudencias de la política, y *la política no tiene entrañas*, según la oportuna sentencia.

A esta obra caciquista prestan en ocasiones extraordinario concurso las castellanas.

Mira hija, decía una señora castellana, en visita, á otras amigas íntimas suyas; *á mí no me gusta decir mal de nadie, bien sabéis que no he sido nunca partidaria de meterme en cosas ajenas; ¡Dios me libre!, cada una en su casa y Dios en la de todos; pero lo que es esa Fulana, esa marranona y desidiosa, es lo más parladora y sucia que he visto.*

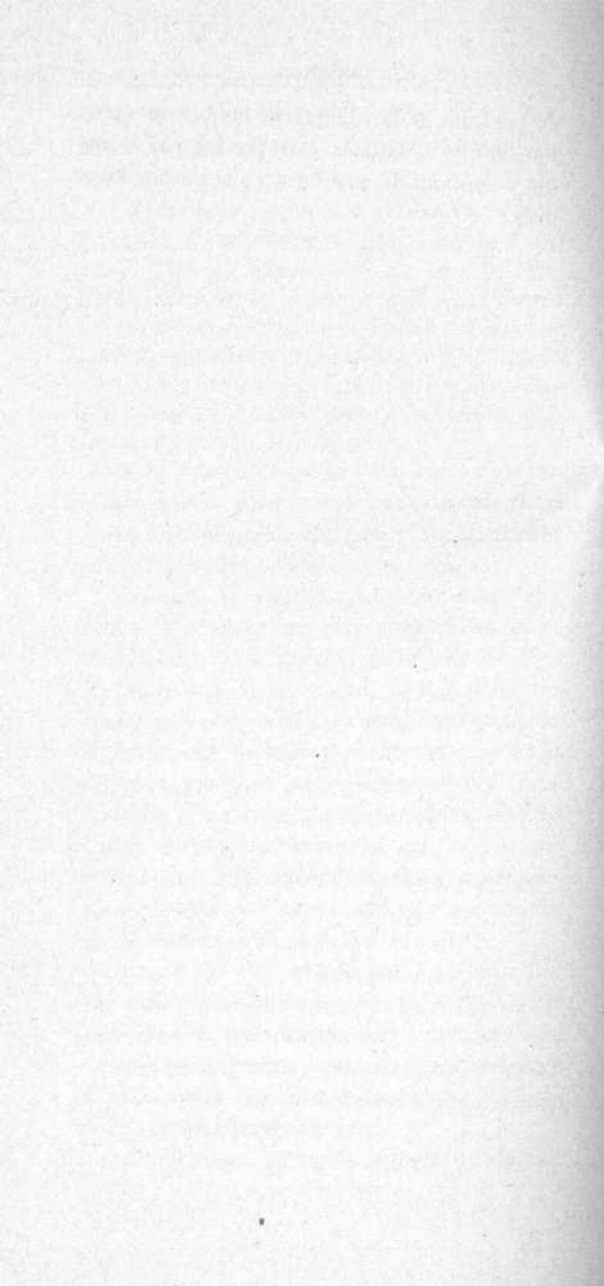
Y la Fulana es gallina de otro muladar, ó lo que es lo mismo, del bando contrario, á quien hay que pelar en crudo y dejarla chalecos cortados para todo lo que viva.

De esos coloquios, muchísimo más trascendentales de lo que parece, salen los matrimonios, salen los cuentos y chismes de si á Tal se le marchó la lengua, de si Zutano pretende esto y Perencejo lo otro. Total, que todo lo que allí se inventa toma cuerpo en la realidad, y al que casan esas señoras en su tertulia, le casa sin remedio Dios Nuestro Señor en el Altar; así como al que en sus conversaciones le hacen reo de abrigar propósitos malvados por tal reo pasará y como tal se ha de obrar con él en lo sucesivo.

En efecto, aún cuando *no hay que hacer caso*, como se dice, *de lo que digan las mujeres*, al poco tiempo ya no se sabe si son hombres ó mujeres quienes lo dicen, y al fin y al cabo, es un axioma en Castilla que *cuando el río suena agua lleva*.

Así enredan, hasta á sus propios maridos,

en las lides de la caciquería, las bravas castellanas, que están más estropeadas por el medio y son aún de más dura roca que sus hombres.





APLICACIONES PSÍQUICAS

ALGO SOBRE ETOLOGÍA CASTELLANA

Ha llegado el momento de sacar conclusiones puramente psicológicas del conjunto de circunstancias materiales y morales en que vive el castellano.

Quiero que lleven estas disquisiciones el calificativo de etológicas, para indicar desde el primer momento el aspecto sintético y real que deben tener, pues en ellas se debe aspirar constantemente á poner de relieve las notas vivas y fundamentales del carácter castellano, huyendo de las abstracciones y sutilezas ideales propias del análisis general psicológico.

¡Lástima grande que no vayamos elaborando para Castilla aquella hermosa ciencia que concibieron Kant y Stuart Mill sobre nuestra conducta!

Conocidos los resortes que mueven el muñeco castellano podríamos preveer en cierta medida su futuro desarrollo, é introducir en su carácter mejoras utilísimas para el más eficaz progreso.

Si la misión de la ciencia está en *saber* para *preveer*, sometiendo los fenómenos á nuestra voluntad, estudiemos el alma castellana, y así podremos educarla, y decir á la vez que hemos descubierto y conquistado á Castilla.

No hay, hasta ahora, estudios sobre el asunto, hechos con propósito directo.

Fouilleé tiene en su libro un extenso capítulo relacionado con la materia; pero versa sobre la Psicología del pueblo Español en general, sin aplicaciones directas para Castilla.

Ganivet publicó el *Idearium*, que adolece para este efecto del mismo inconveniente.

Picavea reunió datos muy numerosos y estimables en su *Problema Nacional*; pero tampoco van ceñidos á lo peculiar de la región castellana.

Otras mil observaciones, dispersas en libros y artículos de Costa, Pardo Bazán, Sanz Escartín etc., han sido aprovechadas por Fouilleé para su trabajo, más en manera alguna encajan dentro de una Psicología propiamente castellana.

Solamente un estudio meritísimo, aprovechable en su mayoría, conozco, y que Fouilleé, por cierto, no mienta, y es el del original Rector de la Universidad de Salamanca Miguel de Unamuno.

Hace una docena de años publicó el sabio

maestro, en la *España Moderna*, unos hermosos artículos que titulaba *En torno al casticismo*.

Tres de ellos, rotulados *El Espíritu castellano*, *De mística y humanismo* y *La tradición eterna*, y otro que versa sobre *El marasmo actual de España*, son lindos modelos de fina y penetrante observación psicológica, que valieron al ilustre hijo de Bilbao extraordinario renombre, aunque no tanto como el que por tan hondo trabajo mereciera, lo más fresco y espontáneo que salió de su pluma desde que pisa el suelo de Castilla.

Al comenzar á vivir Unamuno en este país, debió de notar el contraste que forma esta manera particular de ser nuestra, con la opuesta y singular manera de ser suya, y como todo conocimiento nace por diferencia y contraste en las percepciones, un bilbaino vió aquí portento de cosas que no hemos visto nunca nosotros; y las vió bien, con motivo suficiente y títulos bastantes para poderle dar casi siempre crédito, si bien con ciertos distinguos y numerosas reservas.

Mala cosa parece que, un nacido y enjendrado en Castilla como yo, piense dar á conocer cualidades y vicios que seguramente lleva en su sangre, más también es cierto que nadie como los castellanos pueden, con un esfuerzo de reflexión, estudiar su raza; y que si aguardamos á que los extraños nos descubran, estimarán como defectos nuestros todas las buenas cualidades que á ellos les faltan; y urge velar en consecuencia por la *honrades y honor*

de nuestra cuna, y defender la pureza de la casta castellana.

No es buen castellano, hablando en términos castizos, el que se conforma en absoluto con la manera de pensar de Unamuno; y yo, renacuajo de esta charca cristalizada de la meseta, como él dice, con el alma más independiente que en Castilla nació, más joven que él y admirador suyo obligado, protesto, sin embargo, con todo mi corazón, de todo cuanto dice en contra nuestra en sus amenísimas líneas, lo mismo de lo verdadero que de lo falso, pues, como buen castellano, soy franco cuando me excitan y no me dejan sosegar en mi redomada hipocresía, y una vez excitado, jamás he sentido ser indolente y tosco, sino que me lo llamen de manera tan solemne é ingeniosa.

Yo, muy castellano repito, creo llevaré dentro de mí lo fundamental del espíritu de mi casta. Por esto me voy á confesar aquí con lo más leal y simpático de la *morgue castillane*, con los mozos que iniciaron este certamen, y así creo diré un poquito siquiera de lo que es mi Castilla.

Y tú, simpático Unamuno, á un lado ahora; largo de ellos y de mí, buen vizcaíno, que adulteras la pureza de esta raza.

Y, aunque digas que vengo yo á decir lo mismo que tú dices, alguna cosa más ó menos diré; y sobre todo, conozco á los charros y charras de esta tierra mejor que tú, y muchos me han dicho que á mí me consienten decir de ellos cualquiera cosa, como paisano y amigo que soy; pero los forasteros, que procuren ha-

blar por sí acaso *muy quedo*, y midiendo las palabras con especial cuidado.

*
* *

Si yo, dice Ganivet (1), fuese consultado como médico espiritual, para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos, diría que la enfermedad se designa con el nombre de *no querer*, ó en términos más científicos, por la palabra griega *aboulia* que significa eso mismo: extinción ó debilitación grave de la voluntad.

No creo yo que España entera pueda ingresar, tan fácilmente, en ninguno de los grupos de enfermedades de la voluntad que señala Ribot (2), más por lo que á Castilla afecta, estimo que á la enfermedad que más se aproxima es á la que aquel psicólogo llama *exceso de impulsión voluntaria*, que en lenguaje vulgar denominaríamos *querer mucho*.

La voluntad castellana resultará poco persistente para realizar á la larga, y mediante procesos científicos, fines trascendentales; pero tal voluntad es dura como las peñas de sus rocas, temeraria y desencadenada como el temporal.

Hablar de *aboulia* y de *marasmo*, sin distinciones inmediatas de importancia, es sencillamente no saber lo que es el carácter castellano.

(1) Idearium español pág. 143.

(2) V. su libro *Maladies de la volonté*.

Un primito mío armó un día un escándalo tremendo por haberle comido un higo un hermano suyo, tras de una larga reyerta.

Su madre, condescendiente como pocas, le ofreció todos los higos que tuviera en casa con tal de que se callara y no diera guerra en aquel momento, oferta que desechó de plano el tremendo pequeñuelo, haciendo imposible todo convenio futuro, pues, el tierno vástago castellano, *quería precisamente* el higo que se había comido su hermano, y no alguno otro.

Después de acontecer aquello me hé fijado mucho en la aptitud del tierno cuanto temerario héroe, y he visto, con frecuencia, entre personas mayores, camorras de la mismísima índole que la del higo. Por querer quiere el castellano hasta lo imposible. Debido á eso es incapaz de querer ni de lograr nada persistente, que exija larga meditación; y precisamente porque está herido de locura de querer, es por lo que el bálsamo estóico le proporciona tan suave consuelo.

El estoicismo arraigó en Castilla, como arraiga hoy el remedio cristiano de la paciencia; pero la resignación castellana es resignación inestable y activa; debajo del quietismo aparente de la voluntad castellana hay un depósito enorme de reservas combustibles, prontos á explotar, y entre un *paciencia* y un *Dios lo quiere* de sufrido ser, estallan frecuentemente maldiciones y blasfemias de desesperación horrible.

El castellano es el tipo del arrojadizo é impulsivo, cuya voluntad lo mismo responde

con violencia á los menores excitantes externos, como se descarga hacia dentro en tempestuosas combulsiones en almas que parecen á primera vista pusilánimes.

¿Y cómo ha de ser la índole del carácter castellano, si los fenómenos que se llaman de adaptación al medio, no han de ser una completa quimera?

Nos azotan frios y ventiscas, nos azotan vientos diversos y estremados, nos azotan calores tropicales, nos azotan hondas preocupaciones históricas, sequías ardorosas, inundaciones imprevistas, caciquismos, ignorancia, indiferencia religiosa; y á todo esto, en pocas partes como en Castilla regala dones tan inesperados la Naturaleza, cosechas que apenas requieren cultivo prévio, riquísimas caza y pesca en sus dehesas y rios, calidad exquisita en los productos, el Sol más claro y limpio del Orbe.

«¡Qué hermosura, dice Unamuno, la de una puesta de Sol en estas solemnes soledades!»

Se hincha al tocar el horizonte, como si quisiera gozar de mas tierra y se hunde dejando polvo de oro en el cielo y en la tierra sangre de su luz. Va luego blanqueando la bóveda infinita, se oscurece de prisa y cae encima, tras fugitivo crepúsculo, una noche profunda en que tiritan las estrellas. No son los atardeceres dulces, lánguidos y largos del Septentrión.»

Así es que el castellano está estropeado por su medio, le tienen las circunstancias cósmicas pésimamente educado el carácter; nace y muere sin saber por donde va, luchando

siempre con lo inesperado, sin saber que camino tomar, él á quien más que á nadie le haría falta saber calcular y prevenir.

Y así resulta que en lugar de preservarse contra las sacudidas de lo inesperado, échase á la bartola, á lo que venga, acumulando temple y energías de resistencia, para sobrellevar los latigazos de su ámbito; de donde vienen su sobriedad, su resistencia, su resignación, su agresividad, su aptitud de espectación y alerta para *enseñar enseguida los dientes* á todo el que venga á urgarle, y para abrazarse con castiza paciencia con lo que no pueda ya evitar.

De aquí nace también *el honor*, que si en general es verdad que tiene escasa ó ninguna estima, porque no forma parte de lo que se es ni de lo que se tiene, sinó de lo que se representa, como dice Schopenhauer, (1) es en el castellano arma de combate indispensable para tener á raya los enemigos, así como indicándoles: *bastante más fuera de mis posiciones ordinarias y de mis reales intereses tengo trazada en prevención una raya de la cual no pasarás sin que te la dispuete con toda mi alma.*

El honor es un cartel clavado en las avanzadas de la propia defensa, en el que se lee, sobre poco más ó menos: *cuidadito, nadie se acerque; este hombre se rompe la cabeza con cualquiera.*

Así el transeunte se detiene, se evitan multitud de agresiones, y el honor, romántico é idealista al pronto, resulta la cosa más utili-

(1) Parerga y Paralipomena.

taria y más positiva para la defensa de cada cual.

El que no defiende su honor es como el que deja á merced de sus enemigos las puertas de su casa, para tener que luchar constantemente brazo á brazo, en el interior de las habitaciones, en sobresalto continuo.

Cobra buena fama, y échate á dormir.
Ten tu honor á buena altura y no te importe ser cobarde.

El honor castellano es florecencia espontánea de la lucha por la vida en Castilla, fuera de las adulteraciones que le han venido de lejos.

Se adelantan en Febrero y Marzo algunos días primaverales, empieza en Abril á presentarse lozana la vegetación por todas partes, y una helada tremenda en pleno Mayo destruye los pámpanos y marchita las flores: he aquí el orden de la Naturaleza en Castilla.

Y como este es el orden natural á que el ambiente sociológico nos tiene también acostumbrados, siempre estamos apercebidos á la defensa, sinó con progresos de fuera con valor y resignación de adentro.

Es proverbial é histórico nuestro valor y en esto no va muy descaminado, como cree Unamuno, el castellano, al tener de sí propio ese juicio.

Somos valientes hasta la temeridad; precisamente nuestro pecado más grande es ser extraordinariamente valientes, y mucho más colossal error, creer que lo hemos sido siempre y en todas las circunstancias.

Esa cualidad que con frase tosca denomi-

namos vulgarmente *tener malas pulgas*, es condición indígena de Castilla.

Se habla mucho del buen humor de los castellanos, pero cuidado con los estratos sedimentarios del fondo de su carácter, pues las más de las veces, el buen humor no es más que signo superficial de su resistencia interna, cuyo núcleo encierra una *mala chola* terrible.

Nuestra paz de ánimo es paz armada siempre, intervalo de lucha y sacudida.

Este carácter, resultante inestable de esa lucha entablada entre una raza firme y dura y un ambiente no menos resistente, presenta un cúmulo de cualidades contradictorias, aunque sometidas en sus vaivenes á ley estable y fija.

No encaja el temperamento castellano en ninguno de los temperamentos fisiológicos que de Cabanis acá se han admitido.

Tiene como el *colérico* imaginación activa y pasiones intensas y tenaces, difíciles de su plantar; pero es de reacciones algún tanto lentas, como el *flemático*, y presenta algún ligero matiz del *melancólico* y *sanguineo*.

El carácter castellano se aproxima más que á otro alguno, al tipo *lento-ardiente* de B. Pérez (1), de manifiesta indolencia y perezoso en un sentido, pero de reacciones fuertes siempre.

No es la resignación castellana aquella de que habla Fouillée (2), y que reproduce Unamuno, encerrada en la sentencia, *sólo hay una manera de hacer todo cuanto se*

(1) Le caractère de l'enfant á l'homme.

(2) La liberté et le déterminisme.

quiera y es querer todo lo que suceda. Ni es tampoco tampoco la resignación, contenida en esta sentencia, germen vivo y fecundo en la lucha por la existencia, sinó instrumento de quietismo y muerte espiritual, que desde luego elimina Nietzsche de su *cuadro de valores*.

Quien *llegara á querer todo lo que sucediera* se hallaría falto del estímulo sensible necesario para luchar, que es el dolor. Ni es tampoco meritoria, en términos de moral, tal resignación, que ha de nacer precisamente en medio del sufrimiento á que sirve de consuelo.

Ocurre con esto como con la valentía. Si soy más entusiasta de ella es porque no va exenta, dígase lo que se quiera, del horroroso *pánicus mortis*, que se siente en Castilla como en ninguna parte.

Tú no quisiste ser energúmeno idiota é insensible, bravo comunero. A Villalar llevabas en tu corazón el cariño de tu mujer y el de tu tierra, y cuando viste la muerte de frente y la temeridad en que habias incurrido, retrocediste ansioso de ellos y de la vida.

¡No te avergüences por haber huído; á morir no debes volver á ninguna parte, y no te creas por eso cobarde!

La máxima que cuadra con el carácter castellano es esta: *Hay que procurar hacer todo cuanto se quiera, mas resignándose á sufrir todo lo que suceda.*

La resignación no puede ser nunca causa originaria de actividad, como piensa Unamuno, sino láudano de las contrariedades que sobrevienen al obrar.

El estóico, á la manera de Fouillée y de Unamuno, siempre *tira para atrás*, ó mejor dicho no tira para ningún lado, porque es un ente inútil para la vida, un idiota, especie de Doctor Panglows de la novela *Cándido* de Voltaire, á quién, incluso los zurriagazos que le propinaban, le resultaban *todo lo mejor posible*.

Parece llegar á ello el castellano cuando exclama continuamente en sus adversidades con clásica paciencia: *¡Qué Dios tan bueno! ¡peor sería no verlo!*; pero el castellano que así exclama suele consumirse interiormente, desvanecido en visiones estáticas ó en vértigo de actividad exterior.

Aquel *muero porque no muero* de Santa Teresa, no es enagenación voluntaria como quiere Ribot; sino hipertrofia de la misma, que se deshace en ardiente monoideismo. Es una voluntad viva y férrea, orientada hacia dentro, un deseo intenso de morir para vivir vida mejor; y su resignación, resignación ardiente, y sufrimiento eterno del dolor que no se apaga.

Castilla es el país de los histéricos, la tierra de la voluntad y del valor, si es que conocemos el significado de estas palabras.

¡Qué dichas, qué tristezas, qué variedad y riqueza de vida no encierra esa virtuosa castellana del campo, mujer anónima, mujer de su casa, siempre con sus hijos, con su hogar, sola desde que viene el día hasta que se marcha, enjaulada en su casita blanca desde la fecha en que juró fidelidad al esposo!

¿Acaso crée alguien que esa mujer inocen-

te es un cero mental? ¿Hay quien, por ventura piense, que, allí en aquella alma, no se libran batallas horribles, cuanto más ignoradas más sublimes? Pues esa mujer modesta y retirada, de tan fino temple, es la madre del bravo castellano de nuestras dehesas y pueblos.

En las ciudades, mezcla híbrida de multitud de influencias de fuera aparece adulterado el tipo castellano, y en ellas, así como en las cabezas grandes de partido, se empieza á diluir en hipocresía la pureza del honor castellano.

Y esta hipocresía, que no tiene que ver nada con la religiosa, es, por singular coincidencia, el complemento indispensable del honor, por el cual sigue logrando el castellano sus fines perpétuos de centinela sedentario de su defensa.

Hay muchas clases de espadachines en Castilla. *El espadachín de garrote*, sencillo y rudo, que *no niega la cara á nadie*, y que abunda en la gente de campo; el *espadachín exótico del duelo*, ingertado de flamenco, espadachín caballeresco y de padrinos, que abunda también en toda Europa; y hay luego otras dos especies que pudiéramos llamar *espadachines del revés*, caballeros hipócritas, con el alma no menos castellana que los anteriores, y son: el *cacique enredador* de la villa, de piel de cordero é intención de el lobo, y *miguítas pastelero de la ciudad*, que habla con todo el mundo, y es amigo de todos, y á todos desacredita con puñalada tramera, para no quedar más que el sólo.

De todos estos grupos de espadachines, el

más simpático sin duda alguna, y el genuinamente castellano es el campesino del garrote, que así va pidiendo hoy, *con el mayor respeto*, á su propio señor Alcalde, *ó novillos ó palos*, como pedía al Rey la coronación de la castellana *Juana la loca*, y la fuga de los afeminados de Flandes, ó como supo decir, en sus propias narices, á Enrique IV, el lío de su señora esposa con el noble D. Beltrán.

Este castellano del garrote, es bueno, leal en el fondo, el más franco de todos, y el de corazón más sencillo.

Un amigo mio, que llevaba siempre en el bolsillo un *instrumento de pegar* que por la tierra denominan *llave inglesa*, me decía un día cogiéndola con los picos para adentro y mostrándome la parte lisa, que aquel lado era para *pegar á los amigos*.

Sí, querido paisano, vienes á tener razón.

El castellano tiene algunas veces que pegar hasta á sus propios amigos; siente en ocasiones *verdaderos deseos de reñir*, como tú los has sentido, y eres el mejor amigo y castellano de esta tierra.

¿Quién duda que aún entre nuestros mismos criminales se descubren corazones hermosos que se horrorizan de sus propios excesos de un momento y que jamás hubiesen cometido atentado ninguno, habiendo dispuesto de un poquito más de linfa y cruel instinto?

El tipo del *animal golpeador* como se ha llamado al hombre, en ninguna parte abunda como en Castilla, ni existe tampoco región alguna en donde tanto se usen los *instrumentos de pegar*.

Cuando va uno de nuestros fornidos mozos á comprar en las ciudades uno de esos báculos blancos que se exhiben en haces á las puertas de los comercios, y que se cuelgan ellos del brazo en sustitución de las antiguas cayadas hechas en casa, vedle con qué cuidado le empuña y le examina, moviéndole ligeramente en son de esgrima, con el brazo echado adelante. Es que está pensando en las cualidades contundentes del utensilio, en su *garrotazo ideal*.

Así como Ganivet aconsejaba, en *La conquista del reino de Maya*, el alcohol como medio de gobierno, yo he aconsejado á muchos alcaldes de pueblos novilladas anuales para sus administrados, y aun, si podía ser, trimestrales.

Hay que dar salida á las energías aprisionadas en el fondo de cada cual, y desengañarse de que la palea que se llevan los novillos en la plaza, á alguien se la ahorran, porque aquellas gentes, sea como quiera, tienen que pegar.

He visto, en esas fiestas, cuestiones sangrientas que no se han podido cortar sinó dando un toque rápido de cornetín, para avisar á las personas sensatas, y soltar de repente otro novillo á la plaza.

Es de ver, entonces, cómo se disuelven los grupos, y se disponen á correr tras de la fierra, para descargar sobre sus espaldas el mal humor.

Y si aquel novillo atina á *dar buen juego*, que es la frase consagrada, contad con que la cuestión no se reanuda, por lo menos

la contienda colectiva del grupo, aun cuando pueda tener, posteriormente, chispazos individuales.

¡Qué energías, y qué valor personal concentrado, se despliega en aquellas *paredes de carne*, erizadas de palos y picos!

Darme reunida el agua de las tempestades castellanas y os convertiré en una huerta frondosa la meseta; darme también reunidas esas energías que derrama la muchedumbre, y si logro encauzarlas os daré el pueblo más fuerte de la tierra.

Lo que necesitamos es *educación*. Castilla es un pueblo malísimamente *educado*.

¡Ah, si surgiera un dictador liberal y justiciero, que nos diera á cada uno, al menor deslíz, *tres mil é trescientos azotes*, como se decía en el Fuero Juzgo!

El mejor código para Castilla sería hoy un libro como *La educación de la voluntad* de Payot, convertido en preceptos imperativos, y sancionado con un garrote, regio ó democrático, más grande que el cirio pascual.

Hé aquí un porvenir fecundísimo para la Psicología, ayudada de la Política: estudiar este problema del alusivo cirio pascual.

Estudia, castellano, el alma de tu Castilla, examina tu carácter y los resortes principales de la conducta, y echando mano de tu estoicismo, ten paciencia para *despojarte del hombre viejo* al cabo de unos siglos.

¿Qué son unos siglos? Extasiado y estúpidamente orgulloso estás con tu pasado; pues ponte ahora orgulloso con tu porvenir y á él

con alma, á Dios rogando y con el mazo dando, como tú repites.

¡Mas, dónde caminarás, mi pobre Castilla!

¡Tú sí que eres la debil barquilla perdida en el Océano! ¡Ni pueden ya tus castellanos fabricarse, siquiera, su arma histórica, su cayada clásica, porque, ellos lo dicen, no se encuentra ya por ninguna parte un árbol de negrillo; la verdura se seca, la savia castellana parece que se marcha!

Aleccionado el castellano en un ambiente duro, es duro para todo, según ya queda apuntado; duro para sus semejantes, duro para sí mismo, duro para sus faenas y hasta para resistir las consecuencias de su indolencia.

Acostumbrado á sufrirlo todo, es grande hasta en su misma insignificancia y pequeñez.

Fouillée afirma que el caracter castellano es hospitalario y generoso, y en esto hay que distinguir con algún cuidado.

Son proverbiales sus sentimientos hospitalarios, tratándose de la hospitalidad instantánea é improvisada de un momento.

Entonces somos capaces de *echar la casa por la ventana*, con el primer llegado, incurriendo hasta en la prodigalidad. Mas que se le ocurra al huesped fijar aquí su residencia, y entonces verá surgir nuestro encono y envidia, sobre todo si trabaja y le va bien.

Respecto de sociabilidad, Castilla es muy sociable, hablando de la sociedad del baile, del juego de pelota, de la taberna, del paseo, del café ó del casino, porque siente muy viva la necesidad de *divertirse*; pero lo que es

asociarse en sociedad estable, para algún fin importante, la es de todo punto imposible.

No he visto en ninguna parte trabajadores de tanto brío como el trabajador agrícola castellano; sin embargo, introducir en la labranza alguna máquina que haga estar á cada cual encargado de una especialidad determinada, y aquellos hombres se desmadejarán ante vuestra vista, huyendo de toda regularización, y se pegarán por elegir el trabajo que menos cuidados exija, aunque sea el mayor. Es otro indicio de la poca educación que tenemos.

Yo mismo noto en mí profundamente arraigado ese defecto. No me gusta empleo fijo ninguno, ni me agradaría por ejemplo ser Juez, ni catedrático, ni nada oficial, por no estar sometido á reglamentación, porque no quisiera estar sujeto á nada ni á nadie, aunque luego, sin darme cuenta, me sujete á todos y á todo.

Es la verdad, eso de ser mandados se nos resiste á todos los castellanos. No sé si algún día se explotará como merece el filón anarquista que duerme en la enjundia de nuestro carácter.

Esto no quita para que nó seamos, como se ha dicho muchas veces, pueblo ingobernable; se nos gobierna con una facilidad extrema, y prueba de ello es la poca dificultad que encuentra en España el que quiere llegar á figurar como gobernante.

Creo yo que en ninguna parte podría hacer, como aquí, un déspota su santísima voluntad; pero con una condición indispensable:

la de tener preparada su cabeza á rodar por el suelo, si acaso llega una ocasión adecuada.

La turba castellana es ordinariamente dócil, se prolonga el despertar de su irritabilidad, conforme se prolongan sus llanuras y su cielo, sus sequías de primavera; pero si explota, lo hace, aunque de tarde en tarde, con ímpetu terrible, aunque no duren sus iras más que lo que dura su corto crepúsculo.

De cualquier lado que pulse la naturaleza de mis paisanos, les encuentro de gran mentalidad. A través de sus buenas, como de sus malas cualidades, descubro por dentro algo bueno, insuperable.

Acostumbrados á violencias, tenemos necesidad de sensaciones violentas. El tabaco, el aguardiente, la guindilla, los toros, los amóros, las luchas de los bandos, los pronunciamientos, las mortificaciones religiosas, todo está indicado el alimento predilecto del paladar orgánico y psicológico del castellano, siempre excitante y fuerte.

Y no es que implique esto respuesta lenta y laboriosa, reactividad difícil de producirse si no median estimulantes muy activos; lejos de ello, el caracter castellano es quisquilloso y susceptible cual ninguno, y de un tiempo psico-fisiológico de reacción muy superior en velocidad á lo que generalmente se supone.

Parecía obligado decir alguna cosa de lo que muchos han dado en denominar degeneración de nuestro carácter; mas pienso yo sobre esto que España habrá degenerado como personalidad internacional, desde los tiempos en que no se ponía en ella el sol, pero Castilla

y sus castellanos creo siguen muy semejantes á como eran, y sobre todo, de la mismísima raza y levadura, sin faltarla ninguna de sus dotes esenciales, que son las que pueden cimentar nuestro porvenir y de las que ineludiblemente hay que arrancar en todo intento de regeneración.

Si el Maestro León apareciese otra vez en su Flecha vería cambios inmensos en la superficie y fisonomía del paisaje, pero conocería enseguida su ladera, sus árboles, su Tormes y su fuente, y les seguiría conociendo en lo que no terminara este periodo geológico. Y si pisara las aulas de su Universidad y calles de su Salamanca, iguales odios mezquinos, la misma hipocresía, las mismas intrigas entre sus hijos, el mismo espíritu inquisitorial, igual aplanamiento por todas partes.

Sólo sus jóvenes le traerían momentos de contento. Se asombraría sin duda de ver tan menguado su número, más si en aquellos tiempos vió salir de entre ellos artísticas *Celestinas*, mientras la ramplonería mundana cundía por la Ciudad, hoy vería media docena, hermanos de aquéllos, que, apenas llegados á la adolescencia, fundan revistas, organizan juegos florales, *escriben lo mejor que se escribe en Salamanca*, y tienen que luchar, sin embargo, brazo á brazo con la costra de hielo de siempre, y con los mismos premeditados obstáculos que hicieron deleitoso y célebre el tranquilo retiro del Maestro.

En las provincias de Segovia, Valladolid y Salamanca he reconocido hoy á muchos comuneros, en Toledo hay aún heroicas Pache-

cos; y hasta aquella Cauca y Maudha de los tiempos de Viriato están ahora íntegras en los suelos y personas de Coca y Mota del Marqués.

Lucharon los pueblos por sus privilegios, frente á la autoridad absorbente y unitaria del poder real, y hoy como ayer, en sus intentos de levantisca independendencia, siguen siendo sus ideales, conforme dice Ganivet, llevar cada uno una carta foral en el bolsillo con un sólo artículo relectado en estos términos:

«Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana».

¡La gana! No necesita más esclavitud el castellano que la que sobre él ejerce la *soberrana gana*.

El buey suelto bien se lame, dicen mis paisanos, y fijos en ese ideal sufren reveses atroces que cicatrizan con un *no importa* que hiela las entrañas.

Nada estima el buen castellano más sabroso que su nativa y ruda independendencia, y es propiedad suya característica pensarse más feliz que nadie, mientras no se vea enjaulado entre convencionalismos sociales, y en tanto siga pegadito á su adorado terruño, bañándose en ambiente de ardorosa soledad.

Después de una noche calentorra y tempestuosa del mes de Julio, en que fué sacada de cuajo, por un rayo, una corpulenta encina de una dehesa que frecuento, me encontré visitando aquellos retiros con un guarda bien entrado en años, muy versado en historias de libros de cordel, aprendidas de oídas entre el humo y resplandores de las chozas en donde se había criado.

Al preguntarle qué tal le había ido en el monte aquella noche de tormenta, me contestó muy tranquilo: *bien señorito, no lo habrán pasado como yo los pobrecitos condes y marqueses, revolcándose en la cama en sus palacios.*

Y, á propósito de ello, y aludiendo á incidentes de la tormenta, largó una especie de anacreóntica en prosa, de lo más ingénuo y sabroso que he oído.

Habló de los trenes, de las contribuciones, de las quintas, de los *menistros*, poniéndolo todo verde, y arrojando por aquella boca materia más que suficiente para escribir un curioso estudio que no habría inconveniente en titular: *La política del labriego y el derecho de vivir solo.*

¡Qué portento de refranes y datos sabía aquel hombre! Verdad es que para memoria, como él me dijo, los que no saben leer y escribir; y este hombre era un auditivo forzoso.

Tolera poco el castellano que nadie se mezcle en asuntos de su felicidad, pero por eso de gozar de vivir intenso, quiere con espontáneo y característico altruismo hacer á los demás partícipes de él, imponiendo su dicha á sus semejantes, con violencia si es preciso.

Castilla ha sido capaz de sostener terribles guerras para *imponer generosamente su civilización y su dicha á sus propios enemigos.* El precepto Horaciano *invitum qui servat idem facit occidenti* no reza nada para Castilla.

Desde niños revelamos tan exquisita cualidad. Tan obsequioso se pone el niño Caste-

llano, que es preciso aceptarle el bocado que ofrece sinó se le quiere ver indignado en graves términos.

Es nuestro carácter muy fuerte para imponerse á los pueblos con quienes está en contacto, si es que con la rudeza de su imposición no provoca conflictos de separatismo, y degenera en el menos fusionable de entre los civilizados.

Tengo para mí que á todo el habitante que, á través de las invasiones que en la Historia de España se reseñan, subió de las costas á la meseta, *le hicimos enseguida nuestro*, y que el tipo castellano se remonta intacto fisiológica y psicológicamente á las razas de nuestros primeros tiempos.

Les ocurre hoy lo mismo á los forasteros que se nos vienen á vivir á esta tierra. Todos se *castellanizan* asombrosamente, y aun los más sugestivos resultan sugestionados hasta los tuétanos, en cuanto comen seis ú ocho años el pan candeal y se aficionan á nuestra buena puchera y exquisito tinto.

Podrán seguir, al parecer, con aficiones y gustos extraños, pero la manera de vivir, las tendencias que se empiezan á observar en su conducta, que es lo más hondo, es ya archicastellano.

Lo más débil se disuelve siempre en lo más fuerte, y en pocas cosas tengo tanta fé (y esto indica nuestra poderosa mentalidad), como en el poder disolvente del carácter castellano. Y lo que éste no disuelve se precipita inmediatamente en su seno ó produce efervescencia rápida y atronadora.

¡Ay del que acierta á caer una vez en el fuerte ambiente que aquí respiramos!

IMAGINACIÓN

Es preciso, ante todo, no confundir lo que se entiende por *imaginación* y por *ideación*, como parece hacer Unamuno al hablar de nuestra pobreza imaginativa, en su estudio *El espíritu castellano*.

Paréceme que es fuerza ideativa é inquisitiva lo que nos falta (como he convenido en que nos falta todo lo que implique deliberación constante de nuestra actividad), pero no poder imaginativo.

Es la vista, sin duda alguna, el sentido de más valor á este propósito, pues aunque existan imágenes auditivas y hasta musculares y táctiles, como la Psicología enseña, no es ninguno tan instructivo é intelectual como aquel.

Y si esto es así ¿en dónde más que en Castilla pueden existir imaginaciones ricas y brillantes?

En el orden de la imaginación así como en el de la inteligencia todo es imaginariamente receptivo. El ambiente mental interior se modela al contacto visual del ambiente exterior; si este no es claro distinto y limpio, nada de claridad ni de pureza imaginativa interior.

Los países nebulosos septentrionales nunca se han distinguido por la riqueza de sus imágenes; más bien parecen sueños metamórficos que verdaderas figuras internas, de exacto y preciso perfil.

Esos nimbos de habla Unamuno empañan ó enturbian la verdadera imaginación, cuya dote fundamental consiste en la claridad.

El excelente golpe de vista que tenemos los castellanos es hijo de nuestra imaginación pura y penetrante.

Yo pienso que no hay imaginación más perfecta que aquella que refleje con más fidelidad la realidad, y en este sentido la visión interna del castellano es excelente.

Nadie como las históricas castellanas ha tenido el don de visualizar. Lo imaginativo se las ha metamorfoseado en real, y real lo han visto, juguetes de su portentosa facultad de imaginar.

El realismo de nuestros pintores y poetas y la ausencia de maravilloso en nuestra épica, relativamente á la literatura de otras naciones, rasgos son también de nuestra imaginación, que se basta á sí sola para producir los efectos artísticos.

No es precisamente en nuestro culteranismo y conceptismo donde se percibe la riqueza del poder imaginativo, ni creo sean hijos esos fenómenos artísticos de otra causa que del empobrecimiento de una cultura que se revuelve sobre sí misma sin recibir de fuera corrientes de vida que impidan su alambicamiento. Donde se halla lo grande y extraordinario de la imaginación castellana, es en la verdad de nuestras creaciones artísticas, y en el relieve que alcanzan aquellas que por tener exagerados los caracteres no responden con exactitud á la realidad.

En ninguna literatura se encuentra un

tipo más verdadero que Sancho, ni una creación imaginativa de mayores vuelos y más claridad que «D. Juan Tenorio.»

Es un error creer que demuestra más imaginación un pintor cuando pinta figuras fantásticas de raro y complicado mecanismo, que cuando copia fielmente de la realidad un objeto cualquiera.

Las imágenes visuales son hijas de la visión y lo esencial, lo esencialísimo, es ver con claridad.

La imagen empieza á producirse dibujándose los cuerpos sobre la superficie de la retina, y este dibujo, así como el que se produce en el fondo de una cámara oscura, depende de las condiciones de luz del ambiente en que se verifica.

Ahora bien: las impresiones planas sobre la retina son el dato que luego la mente se tiene que encargar de interpretar, añadiéndole nada menos que una nueva dimensión para constituir el volumen, y en esta elaboración interna, para llegar á ver bien, es en donde está lo principal de la imaginación, ó si se quiere de la fantasía, que es la imaginación reproductora, madre de la creadora.

Ocurre, en este sentido, que ni la retina da á la mente todo lo necesario para la imagen, ni la mente pone en la imagen que forma sino una mínima porción de los múltiples caracteres de la misma.

Y como en todo esto es en donde principalmente cabe el más y el menos, hay quien por ejemplo en la imagen que tiene formada de un caballo, que él asegura exacta y com-

pleta, no tiene más que un esbozo muy rudimentario, con seis ú ocho caracteres fundamentales á lo sumo del objeto, mientras que existen artistas que han visto á maravilla todos los pormenores de la gran riqueza de particularidades que en la imagen más simple se encierran.

De aquí resulta que teniendo una figurilla retiniana igual, los unos tienen imagen completa y los otros no; y aun suponiendo en ambos habilidad técnica suficiente, unos reproducen exactameete el objeto, mientras que otros sacan un solemne y curiosísimo mamarracho.

Es preciso, pues, tener brillantez de fantasía si se quieren ver interiormente los objetos que el arte se ha de encargarse más tarde de reproducir y combinar; y éste es el punto fuerte de la imaginación castellana.

Lo que suele llamarse memoria imaginativa es don que poseen en alta medida nuestras gentes del campo.

A cada momento se oyen entre ellas expresiones como las siguientes: *á mí se me figura esto ó lo otro, malo es que se me meta á mí en el magín, no veo esta cuestión clara, imagínate que estamos en tal ó cual sitio, etc., etc.*, todo lo cual indica la preponderancia que tienen en nuestra constitución mental los materiales de la visión imaginativa.

No sabemos hablar sin estar poniendo *casos particulares* por modelo, ni expresarnos sin tener nuestra imaginación *en un sitio preciso y determinado*, regulando la

rica mímica que poseemos (y que es otro indicio de riqueza imaginativa), conforme á las exigencias de verlo todo, indispensablemente en un espacio determinado.

Se encuentran viejos castellanos que examinados bajo este punto de vista son prodigios asombrosos de rententiva visual.

La fantasía castellana será por consiguiente tosca, pero intensiva, y lo principal para una raza cualquiera está en que la Naturaleza la haya dotado de buenas condiciones; ya llegará en la historia momento en que se desarrollen convenientemente.

SENTIDO MORAL

Se dan tales antinómias en la conducta moral de los castellanos que no es extraño existan discrepancias enormes entre los que se han ocupado de estas cosas, ni que el juicio que sobre nosotros tienen los extranjeros sea en alto grado desfavorable, calificándosenos, sin rebozo alguno, de corazones perversos.

Es indudable que somos muy poco dados á la obediencia de la ley, pero poseemos no obstante, un ideal elevado de justicia. Las rebeldías contra la autoridad constituida, no previenen, como dice Ganivet, de la corrupción del sentido jurídico, sinó de su exaltación.

Tronamos, en general, contra todo lo oficial y reglamentado, de aquí que sea un hecho el no existir pueblo cuya literatura ofrezca tan copiosa producción satírica, en contra de

los administradores de la ley, como el castellano.

Practicamos la caridad individualmente y en concreto, siendo ciegos como pocos pueblos cuando nos hallamos en contacto con la víctima; pero dejamos en el mayor abandono la caridad abstracta que sería la llamada á proporcionar mayores utilidades organizada en Instituciones de beneficencia.

Implacables en nuestras iras y en el castigo de los culpables, somos almas tiernas y benévolas cuando llega la hora del perdón.

¿Dónde está la raíz de estas anomalías que Fouillée como Ganivet y como Unamuno señalan? En la misma constitución dura y resistente, que he mencionado, del espíritu castellano; en el valor y firmeza de nuestro carácter.

Entre nosotros parecen tener realización práctica las teorías de Guyau respecto á sí el *poder* mismo de la voluntad engendra el *deder* moral, y la de los positivistas cuando hablan del tránsito del *egoismo* al *altruismo*.

El castellano, de intensidad extraordinaria de alma y de carácter, quiere con egoismo intenso ser *él solo* el que castiga, *él solo* el que perdona, *él solo* el que socorre y favorece. Es el egoismo que no cabe en el corazón y se derrama de él convirtiéndose en altruismo, la bondad intrínseca de nuestro carácter que se quiere imponer en todo y que pugna con cuantos obstáculos encuentra.

El castellano, á quien se ha inferido una ofensa, no acude, de ordinario, para repararla, á los tribunales de justicia; el castellano de la vieja cepa busca al ofensor con tenaz empeño

deseoso de *tomarse la justicia por su mano*, y sin reposar un segundo hasta que lo consigue; y su justicia será más ruda que la justicia de los códigos, y perniciosísima casi siempre, pero tierna hasta llorar sobre su propia víctima vengada, infinitamente más tierna que la justicia oficial del patíbulo.

No hay quien más odie ni quien más perdone que este ser descendiente de Comuneros y Quijotes.

Porque andamos en continuas luchas y revueltas, porque nos gozamos en espectáculos sangrientos, porque nos despedazamos como fieras, cuerpo á cuerpo, sin temor á la sanción de la ley, pasamos los castellanos por pueblo empedernido y cruel.

No han descubierto los que así discurren las secretas raíces de nuestro espíritu de casta.

Nos portamos como malos y feroces y somos, sin embargo, buenos y leales.

Yo no he sabido nunca bien lo que es un verdadero criminal, y me mareo pensando en cómo ciertos infelices mortales han venido á parar, con justicia aparente, en una prisión; pero lo que creo con toda la firmeza de mis convicciones, es que ni los presidios ni el patíbulo mismo hacen siempre ley en esto de clasificar los caracteres en buenos y perversos, que son los verdaderos criminales cosa muy distinta de lo que las leyes y abogados creen, y que así los sanguinarios serranos de la navaja, como los ladrones de la Guareña y la Ribera, y los del garrote de todas las villas y pueblos, es gente de pasta exquisita;

raza de héroes á quien el ámbito y las circunstancias actuales é históricas ha estropeado con una pésima educación.

Hoy por hoy somos los peores, y sin embargo tengo una fe profunda en el porvenir de esta casta.

No servimos para nada, pero tenemos voluntad firme y dura para poder servir.

Somos sanguinarios, crueles, todo lo que los extraños quieran, pero tenemos un corazón grande y noble.

Nuestra imaginación será tosca y bravía como la de los salvajes y los niños, pero pura y transparente hasta llegar á la clarividencia.

Seremos atrasados y de escasa cultura, pero es la civilización cosa tan superficial y postiza en el alma de una raza que, conforme dice la misma palabra, todo es en ella cuestión de un poco más ó menos, de un cultivo mayor ó menor, que los accidentes de la vida, más tarde ó más pronto, vienen á producir.

Somos de buena y exquisita cepa; hemos vivido en pésimas condiciones, durante períodos de consideración y renombre, y al fin de la jornada nos encontramos averiados en mil detalles accesorios, aunque buenos y fuertes en lo fundamental.

Tengamos fe en nuestro porvenir, y sacando fuerzas de flaqueza, no precisaremos violentarnos mucho para vencer en la pelea.

Querer es poder; queramos, pues, con voluntad, trabajemos por conocer el alma que nos anima y el pedazo de mundo que habitamos, y al propio tiempo que nos iremos pulimentando al roce constante de una laboriosi-

dad fecunda, encontraremos el resorte psicológico que mueve el engranaje de la máquina castellana y el impulso que le ha de poner en movimiento; la palanca, en una palabra, de nuestro progreso intelectual y material.

FIN

ERRATAS

<u>Págs.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
10	12	<i>nuita</i>	<i>unita</i>
14	24	Oretana	Carpetana
17	20	las	los
19	2	verá	ver á
30	22	que	
39	29	<i>mesarritmisis</i>	<i>metarritmisis</i>
55	2	tampoco tam- poco	tampoco
57	31	y miguitas	y el miguitas
63	20	indicado	indicando

ÍNDICE



	Págs.
Advertencia.....	5
Indole científica de este trabajo...	7
ANTECEDENTES CÓSMICOS.....	13
<i>Factores estáticos del caracter castellano</i>	14
El medio físico.....	14
La raza	22
<i>Factores dinámicos del caracter castellano</i>	24
Movimiento y densidad de la po- blación	25
Historia: La leyenda dorada....	29
La cultura y sus principales ma- nifestaciones.....	33
APLICACIONES PSÍQUICAS.....	45
Algo sobre etología castellana..	45
Imaginación.....	68
Sentido moral.....	72

INDEX

CHAPTER I. THE HISTORY OF THE
INDIAN NATIONS IN AMERICA
CHAPTER II. THE PHYSICAL AND
MORAL CHARACTER OF THE
INDIANS
CHAPTER III. THE POLITICAL
CONSTITUTION OF THE
INDIAN NATIONS
CHAPTER IV. THE RELIGION AND
MORALS OF THE
INDIANS
CHAPTER V. THE ARTS AND
MANUFACTURES OF THE
INDIANS
CHAPTER VI. THE MANNERS AND
CUSTOMS OF THE
INDIANS
CHAPTER VII. THE LANGUAGE
AND WRITING OF THE
INDIANS
CHAPTER VIII. THE
LITERATURE OF THE
INDIANS
CHAPTER IX. THE
SCIENCE OF THE
INDIANS
CHAPTER X. THE
MUSIC OF THE
INDIANS
CHAPTER XI. THE
DANCE OF THE
INDIANS
CHAPTER XII. THE
GAMES OF THE
INDIANS
CHAPTER XIII. THE
MEDICINE OF THE
INDIANS
CHAPTER XIV. THE
SOCIETY OF THE
INDIANS
CHAPTER XV. THE
WAR OF THE
INDIANS
CHAPTER XVI. THE
PEACE OF THE
INDIANS
CHAPTER XVII. THE
FUTURE OF THE
INDIANS

Obras del mismo autor

Esbozo de una Tecnogenia (estudio de Psicología del Arte).

La elegibilidad (estudio acerca de la libertad humana).
